

VALOR Y PRECIO

I

Hacia 1663 una compañía inglesa de comerciantes de oro y marfil en esa región del Africa central, que aún se llama Guinea, acuñaron una moneda en oro de la región, de la que tomó el nombre. Su valor entonces, el de una libra esterlina, – expresado en moneda corriente. En 1803 desaparece legalmente del mercado monetario, mas queda de moneda «fantasma distinguido». En tal moneda inexistente se expresan, aún en día, los precios o el valor de cosas nobles, – cual obras de arte, vestidos de lujo, honorarios de médicos y abogados, precios de carreras de caballos, propiedad territorial. Mas a la hora de la realidad – la de ir a pagar o a cobrar –, por una guinea le dan, o da, una vulgar libra y un chelín. La Guinea no existe o circula, ni acuñada en oro ni en papel del Banco de Inglaterra, ante el que todo turista distinguido se descubre respetuosamente, al pasar por la City.

Sería imperdonable falta de urbanidad pública preguntar cuántas libras esterlinas vale una obra de arte, – así sea un smoking. Ningún inglés que se respete caerá en la indelicadeza pública de poner en libras y chelines el precio de un cuadro de una colección a vender. Mas, a la hora de la realidad, sería falta de justicia pública no pagar en libras y chelines.

Guinea es, pues, moneda de decoro;
Libra esterlina es moneda de justicia.

II

Hay palabras de decoro social
Hay palabras de justicia social.

Todos sabemos – por experiencia, más o menos personal y desagradable – que, a la hora de la realidad, las leyes se imponen a la fuerza y por la Fuerza. La legalidad se paga en «libras y chelines».

El decoro político exige que nos traten con palabras-moneda «guinea»: libertad, igualdad, fraternidad, revolución, estructura, cambio,

democracia . . . Llegada la hora de la realidad de verdad, a eso no corresponde directa y propiamente nada real; y mal haríamos en exigir al político que nos pague, sin mezclas o aguachinamientos, en tal moneda «guinea». Todo eso existe tan poco como agua pura químicamente; y, si existe agua pura, no es bebible, es decir: digestible al real estómago, por más que la ciencia química viva de ella. Y exista por ella. A todas esas altisonantes o decorisnantes palabras corresponden, llegada la hora de la realidad, eso que llamamos, en una palabra, sin prestigio o auréola de dignidad, administración y burócratas. Estos y ésta se encargan de «realizar», de hacer «realmente» posibles las palabras-«guinea» políticas. No nos defraudan, pues, los políticos, dándonos una cosa por otra. Miman nuestro *decoro* público, hablándonos con ellas; mas satisfacen nuestras justas exigencias de *realidad* dándonos buena administración. La diferencia entre decoro y justicia es, simbólicamente, la de un chelín. Mas de esas sutiles diferencias vive el decoro.

Materia, forma, esencia, existencia, potencia, acto, categoría . . . son palabras «guinea» metafísica; a la hora de la realidad, la *física* nos paga con protón, electrón, nucleones, moléculas, leyes matemáticas de atracción gravitatoria, de repulsión o atracción eléctrica, prohibiciones de Pauli, indeterminación de Heisenberg . . . Y otras, al parecer del metafísico, vulgaridades, manoseables por instrumentos, — tanto como la vulgar moneda, por las manos cotidianas.

El varón sabio tanto en política como en metafísica ha de ser cual el buen inglés en sistema monetario. Una moneda para el *decoro*; otra, para la *justicia* conmutativa. Pero ha de servirse el sabio, de ambas, que forman un par o pareja realmente distinguida de trato social.

Y tomando prestadas de la economía dos palabras, podríase decir: en ese trato social decoroso han de usarse, a la vez y respecto de la misma realidad, palabras-valor y palabras-precio. Y no sólo en el trato social; también en el científico y filosófico.

Y para que nadie se sienta preterido o «ninguneado», añadamos: también sucede, y ha de pasar, igual o proporcionalmente en el dominio religioso. Para el teólogo las palabras y conceptos «guineas»,

al hablar de Dios, son las de Ser, Existencia, Infinitud, Persona, Sabiduría . . . ; mas las palabras para el trato real de verdad con Dios son las de Padre, Pastor, Maestro, Salvador, Juez . . . De éstas vive y ha vivido realmente la humanidad; las otras, son las de lujo o decoro filosófico, – las palabras de decoro intelectual; las inventadas por ciertos cristianos, a partir del siglo sexto y sobre todo en el trece, para hacer cara «decorosa» ante la prestigiosa filosofía griega. Y ahora, con dos monedas religiosas, pedimos también que nos traten a la vez con decoro intelectual y con justicia real: con guineas y en libras.

Oigamos las palabras del Poeta:

¡Quién fuera diamante puro!

– dijo el pepino maduro.

Todo necio

Confunde valor y precio.

(Antonio Machado)

Hay dos maneras de ser necio; y una, de ser, a la vez, necio y cínico.

Se confunde valor y precio cuando se funde precio con valor, – no admitiendo sino valor, sino guineas, y rehusando libras, para pagar y para cobrar realidades. Tal es todo idealista, comenzando por Platón. El idealista – en política, en metafísica, en religión – querría ser «diamante puro». Pureza es necedad real. El idealista es *realmente* necio, y nunca llega ni a cobrar ni a pagar nada real, – no llega, ni a entender ni a dominar lo real: político, social, económico, religioso. Es el pepino maduro que aspiraba a ser «diamante puro».

Se es necio, por la inversa: fundir valor con precio, – no admitiendo sino precio para todo y en todo. De tal necio vale la sentencia de Oscar Wilde: *el cínico conoce el precio de todas las cosas; mas el valor, de ninguna.*

Pida cada uno a su dios que Dios nos libre de necios y de cínicos. Que nos tratemos a la vez en sociedad con guineas y con libras. Lo cual no será sino pedir cada uno a su dios que Dios nos libre por igual de «idealistas» y «realistas». De «idealeros» y de «realeros».